

CARTA A MI NIETO

Antxon Iturriza

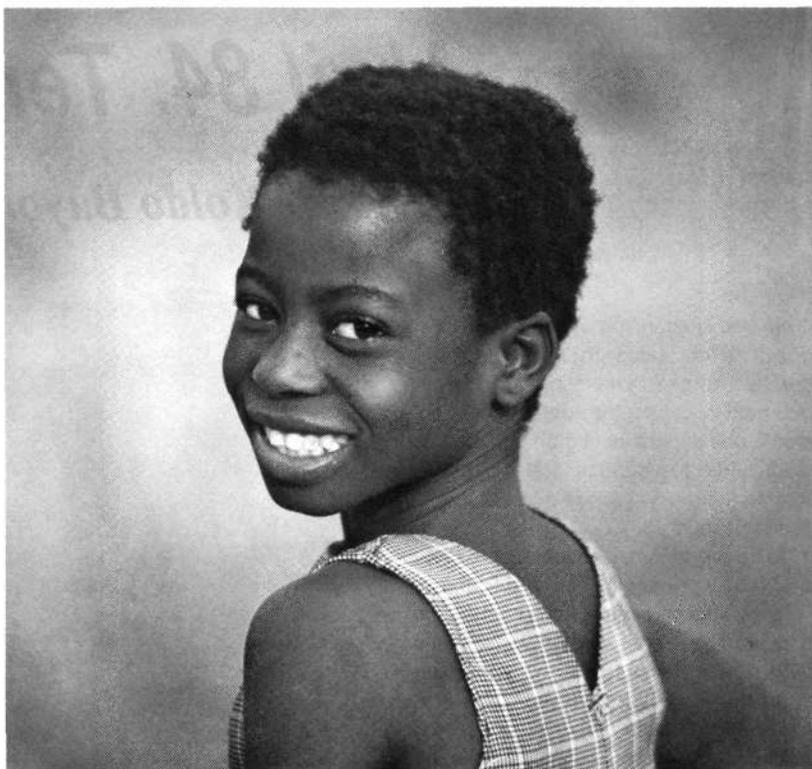


Foto del autor

***A todos los niños
que han comenzado
el camino
hacia la vida.***

Quizás porque será verdad que los abuelos somos dados a abusar de los consejos. Quizás porque me he sentido un poco más viejo, hoy, que he sabido que existes, quisiera ser el primero en hablarte de ese mundo hacia el que viajas dentro del vientre de tu madre.

Sé que más que de un mundo podría hablarte de muchos, de mundos de odios y luchas, de miserias e injusticias. Y también podría hablarte, porque los hay, de mundos de amores y ternuras.

Pero hoy he querido abrir mi mano, ya arrugada por los años y tomar la tuya, pequeña y tierna, para ayudarte a descubrir, antes de que te asomes a la ventana de tu vida, un mundo en el que todavía tienen cabida las fantasías de un niño y las añoranzas de un anciano.

Te diré que yo lo descubrí cuando tenía quince años. Un día de lluvia fina, de esos de nuestra tierra con cielos de plomo y horizontes cortos. Recuerdo bien que anduvimos muchas horas, ateridos de frío, perdidos en la niebla de aquel espacio nuevo e irreal. Te confieso que sentí miedo, pero resultaba sugestivo. Había oído hablar tantas veces de aquella montaña, que cuando pude entrever la cruz de la cumbre creí que había realizado una gran hazaña. Cosas de

la inexperiencia. Ahora sé que es una cumbre modesta, pero para mí siempre será mi primera cumbre, mi primera aventura con la montaña.

Tras aquella vinieron muchas otras montañas. Y poco a poco fui descubriendo unos horizontes cambiantes hasta el infinito. Podría hablarte de muchas vivencias, de noches de rocío y de amaneceres rojos, de mo-

«...Al igual que yo aprenderás que nunca hay dos montañas iguales, ni una montaña que sea dos veces la misma...»

mentos alegres y tristes, de amigos y de amores. Pero los secretos de la vida sólo tienen valor si se descubren por sí mismo. Por eso, nunca podré darte mis experiencias, aunque sí ayudarte a que tú mismo las vivas algún día.

Si tú lo quieres, al igual que yo irás aprendiendo que, como entre las personas, nunca hay dos montañas iguales, ni una montaña que sea dos veces la misma. Yo he conocido a montañas frías como un aullido y cálidas

como un beso. Montañas con las furias de diciembre y la sonrisa de mayo. A todas, lo mismo que con las personas, deberás comprender y aceptar tal y como son en cada momento, para que ellas también te respeten a ti.

Habrá quien te quiera hacer creer que el mundo al que vienes es sólo de colores grises, pero yo te aseguro que en mi universo de montañas sigue habiendo cielos de genjiana y azahares de nube. Escucharás que la Naturaleza es hostil, pero quien te lo diga nunca aprenderá a llamar a cada montaña por su nombre, ni sabrá saludar al cuco en primavera y despedir a la torcaz en otoño.

Me gustaría que un día, fatigados los dos, tú por la inexperiencia, yo por la vejez, pudiéramos abrir, desde aquella mi primera montaña, el cofre del que quisiera hacerte heredero. Los tesoros que encontrarás al abrirlo no serán otros que las esmeraldas de los prados y los oros del atardecer, los brillantes de la nieve y las perlas de las estrellas. Disfrútalos cuanto desees, pero nunca olvides que nada de ello es tuyo. Que cada cumbre y cada flor, cada brisa y cada árbol deberás cuidarlos y entregarlos a tus hijos y a tus nietos un día, todavía lejano, cuando, como yo ahora, veas cercana la cima de tu vida.

Este artículo, publicado en «La Voz de Euskadi», ha obtenido el primer premio de Periodismo del concurso convocado por la F.E.M.